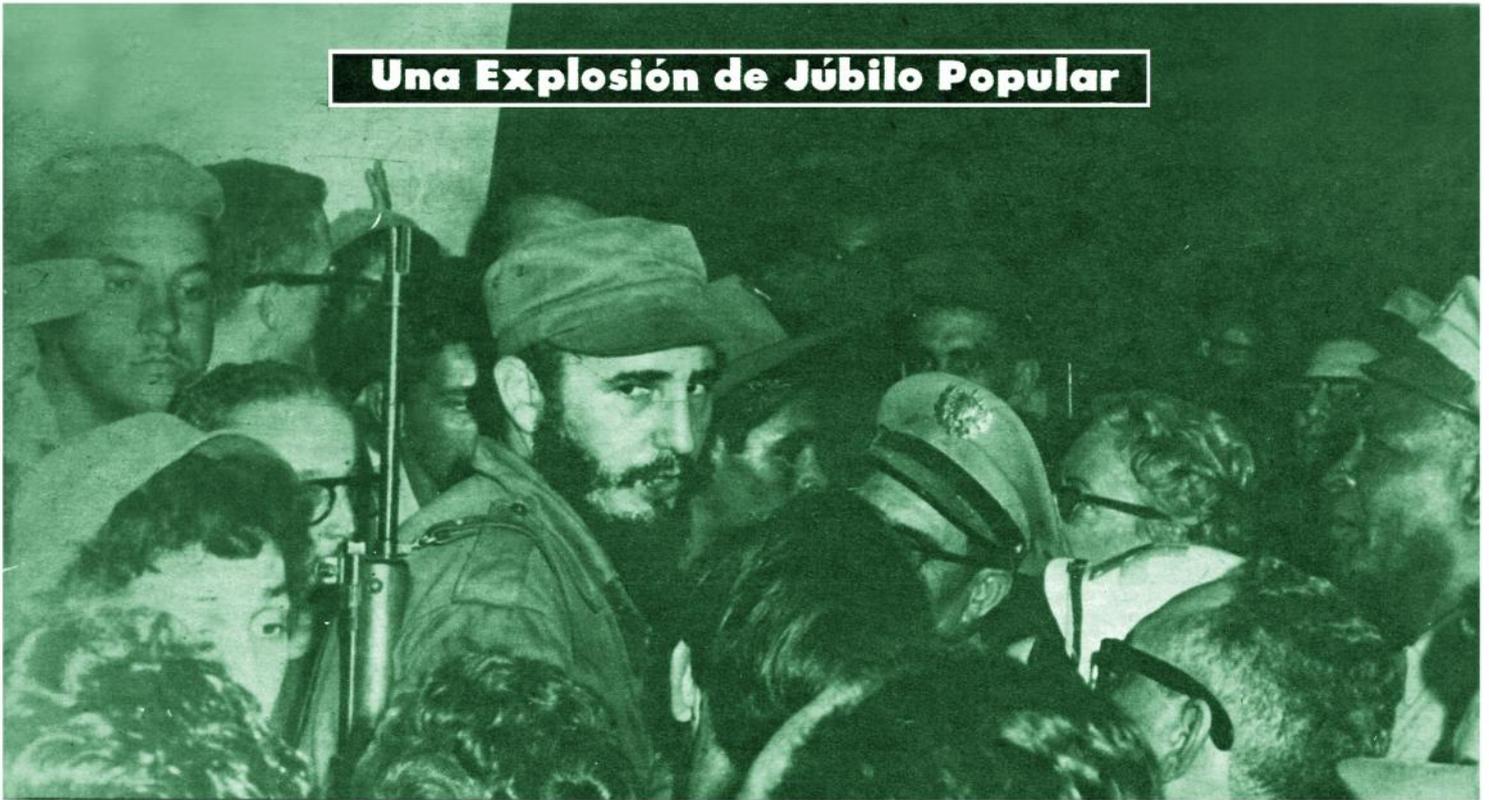


Una Explosión de Júbilo Popular



Fidel Castro, el jefe indiscutible, marcha por las calles santiagueras confundido con el pueblo que lo vitorea, con un pueblo que quiere ver en carne y

hueso al hombre cuyas hazañas parecían cosa de leyenda. Hay hasta un soldado, es que el ejército ya ha hecho causa común con los forjadores de la libertad.

ENTRAN EN SANTIAGO DE CUBA FIDEL CASTRO Y SUS TROPAS



En uno de los jeeps de la caravana victoriosa va Luis Orlando Rodríguez que compartiera con los hombres de la Sierra las vicisitudes de la existencia nómada y las peripecias del diario combatir. Ahora, la república liberada le confiará otras misiones y el gobierno del presidente Urrutia le llevaría a su gabinete para que, desde él, siguiera sirviendo a Cuba.

Los carros cargados de tropas revolucionarias entran en Santiago de Cuba. Los soldados portan en las manos las armas con las que hicieron realidad el sueño de liberación. En los rostros —barbudos o lampiños— hay una luz de alegría: la de haber cumplido con el deber. Y hay sonrisas de mujer para darles el más cordial recibimiento. Sobre los héroes cae, como un manto de gloria, la bendición de un pueblo.

SANTIAGO, la mártir, se convertía en Santiago la alegre. Era una alegría indescriptible, una alegría que en extraña mezcla estaba hecha a la par de gozo y de llanto. Sonaban las sirenas y los pitos, redoblaban las campanas. Pero por sobre todo ese ruido se alzaba el otro, el compuesto por millares de voces, la de los santiagueros que aclamaban a los hombres de la Sierra que, ahora como triunfadores, hacían su entrada en la ciudad de Velázquez.

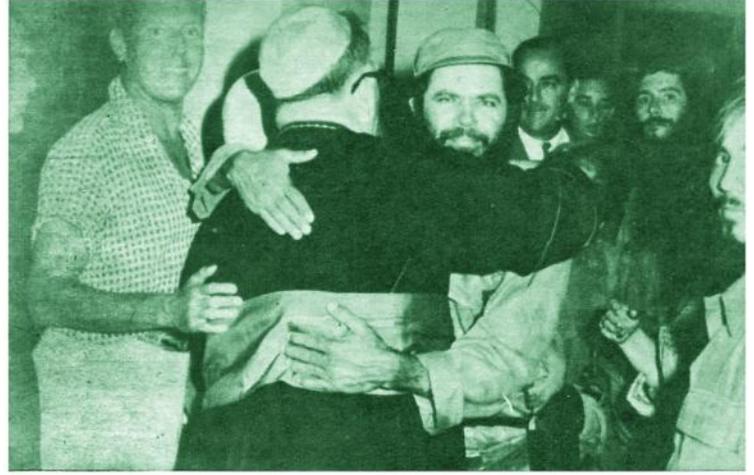
Fidel Castro, el capitán invencible; el hombre cuyo nombre era una bandera y un símbolo llegaba triunfador a la ciudad que en cada calle y en cada piedra tenía un recuerdo de un sacrificio por la libertad. Y el pueblo de Santiago, que conocía como ningún otro de la isla de los sufrimientos y las heroicidades, se volcaba en las calles para saludar al forjador de la victoria.

Y las madres enlutadas, los huérfanos, las viudas, se guardaban el dolor en lo más íntimo y salían también a dar vitores. En aquel momento sabían que sus muertos no habían caído en vano; que la sangre de los suyos había dado óptimo fruto. ¡Santiago de Cuba era territorio libre!





Ya están en el balcón del Palacio Municipal. En el parque Céspedes la multitud se apiña, aclamando a los hombres de Fidel. Y Raúl Castro, tocado con una boina, saluda al pueblo que parece tener una sola garganta y una sola voz. Son momentos emocionantes, momentos que pagan por todo el sacrificio de los santiagueros durante años y años de tiranía.



Otro instante de emoción sin límites. Monseñor Pérez Serantes, el arzobispo ilustre de Santiago de Cuba, da un abrazo al comandante Hubert Matos que asume en nombre de la Revolución el mando de las tropas de Santiago. La Iglesia Católica también había cumplido su rol de honor frente a la tiranía. Y el arzobispo santiaguero había sido en eso, su más alto representante.



Mientras todos aplauden, el presidente de la nueva república sale al balcón. El magistrado Manuel Urrutia que honró la toga en los días difíciles de la dictadura, es aclamado por todos como el presidente que encabeza un gobierno en el que está depositada la fe de todos los cubanos. En el parque, la muchedumbre no se cansa, nadie siente el paso de las horas.

Carlos Franqui es uno de los periodistas que dejó la pluma y la máquina de escribir para trocarlas por el fusil libertador. Dirigió, además, la radio rebelde, la misma que mantenía latente el espíritu revolucionario en ciudades y pueblos donde todos luchaban frente a sus aparatos, en espera de sintonizar la estación que les daría noticias ciertas de lo que hacían los hombres de la Sierra.



Ya Fidel está en el edificio del Ayuntamiento. Las mujeres se le acercan; otras muestran su contagiosa alegría; una niña se aproxima para tocar con sus manitos al héroe de la Sierra. Desde sus marcos, las fotos de los viejos alcaldes de la ciudad de Velázquez, son mudos testigos de la emotiva escena.

Otro de los dirigentes del Movimiento 26 de julio es Faustino Pérez. El también viste el olivo libertador y ostenta las barbas que son el diploma de la estancia en la Sierra. El también seguirá trabajando ahora al servicio de la república desde el importante Ministerio de Recuperación de Bienes Embargados.

